En un Lugar de África (2)

Nara Vida

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1

Estoy en el aeropuerto. Acaban de llamar para embarcar. Aviso a mis tíos que son un poco despistados y agarro mi mochila. Hacemos la cola para comenzar con la entrada al avión y saco mi billete con mi DN.I.

Caminamos los tres por una pasarela azul que nos lleva directamente al avión y una azafata joven con su amplia sonrisa y su traje recién planchado nos da la bienvenida a bordo. Llegó a mi asiento 7C y mis tíos se colocan en el 5 B y C. Contemplo a través de mi ventana que el cielo se está nublando, en un par de horas ese cielo empezará a gruñir escandalosamente con una tormenta. Miro a los pasajeros en general porque se van situando en sus butacas y me percato de que hay una niña que me mira. Le sonrío y me abrocho el cinturón de seguridad. Cojo la revista que hay en el bolsillo delantero de la butaca de enfrente de mí y la abro al azar. Casualidad Sophie aparece en ella anunciando su nuevo libro. Su gesto de chasquear con los dedos es algo muy característico en ella y, cómo no, esa es su pose para la foto.

El comandante da la orden y nos disponemos a despegar en 1...., 2...., y 3.... Ahora sí que definitivamente regresaba a mi antiguo hogar. Ya no podía volver atrás. Cojo la revista para distraerme o empezaré a llorar, aun así, el agotamiento, de todo el ajetreo del viaje, seduce mis pensamientos y me envuelve en un sueño.

"Escojo el chándal rojo con borreguito que Santa Claus me ha regalado por navidad y bajo a cenar. Lorianne me había llamado hace 5 minutos, pero yo necesité más tiempo para aclarar mi rostro de las lágrimas.

Entro al salón y Sophie, Estephan y Lori me dan la bienvenida. Sobre la mesa del comedor, que está en una parte del salón, está el mantel de seda que a Sophie tanto le gusta. La mejor cubertería está colocada y botellas de coca-cola echan espuma de su morro. Les pregunto qué vamos a celebrar y me contestan:

- Salina, mañana regresas a tu casa. pero queremos que sepas que cuando quieras puedes volver, esta es también tu casa. Eres una hija para nosotros y una hermana para Lori. te deseamos lo mejor y esperamos correos con noticias tuyas. Sin embargo, queremos que te quedes con un bonito recuerdo nuestro y te hemos preparado una cena con tus platos favoritos.

Cuando termina Estephan de hablar se me escapan unas lágrimas de mis

agotados, rojos e hinchados ojos llorones y me abrazo a ellos.

Antes de sentarme a cenar les pregunto por mis tíos y éstos me responden que han preferido cenar fuera para conocer el pueblo y para dejarme una buena cena con las personas que me han querido aquí.

Les doy mil y un gracias por todo aquello y cenamos. ¡Vaya que si cenamos! Qué bueno estaba todo. Intenté comer mucho, aunque sólo me apeteciese irme a dormir y llorar toda la noche. Mi estado de ánimo, no era bueno y a pesar de que aquella cena era todo un privilegio para cualquiera, yo estaba sumida en una tristeza profunda."

"Señores pasajeros, tenemos turbulencias, Abróchense los cinturones y mantengan la calma" . La voz del comandante me despierta. Intento mirar por la ventanilla pero resulta inútil. Unas nubes negras y tremendamente espesas nos obstaculizan la visión a los pasajeros y el camino al avión. Cojo la revista, otra vez, de mis rodillas y el avión, de repente se agita bruscamente. Algunos señores que van delante de mí se alarman y otros pasajeros ya se les ve por la cara que no están muy tranquilos. Mis tíos, por ejemplo, eran de esos que intentaban parecer serenos pero que el miedo invadía su cuerpo.

Finalmente al cabo de otra hora, llegamos a nuestro destino.

Recogemos las maletas de la cinta y tomamos un taxi hacia la calle Avenida Teatré 56. Una vez dentro del automóvil ponía rumbo a mi antigua vida.

El cuarto que años atrás me concedieron mis tíos seguía igual. Las cortinas verdes ahí estaban, mirándome y suplicándome para echarlas a la lavadora por el polvo que tenían encima. El escritorio mantenía la pequeña lámpara naranja y mi cama con el edredón de plumas rojas no se había movido de su lugar. Todo seguía igual. Todo menos la persona que habitaba aquella habitación de nuevo, yo. Daba lo mismo que ahora la situación hubiera cambiado radicalmente, que ese cuarto mantenía su aspecto, mantenía su orden, mantenía sus colores.

Cené sobre las ocho y me acosté. Esa noche no tenía sueño, pero mi cabeza necesitaba reposar en la almohada que tantas y tantas noches años atrás, había absorbido lágrimas y más lágrimas.

Dieron las doce y ya no oía a mis tíos en el salón. Salí de mi cuarto y caminé hacia la cocina. Tomé un vaso de agua y saqué del botiquín un relajante muscular. Notaba mucha tensión acumulada y si podía regalar al cuerpo un poco de relax, iba a concedérselo.

Al cabo de media hora el sueño ahogó mi mente. Soñé recuerdos almacenados: mi madre cantándome a las noches, trabajando con áfrica,

las caricias de mi padre cuando me caía, aprendiendo a cocinar con Sophie... Miles de pensamientos positivos afloraron desde mis adentros. Parecía darme una tregua la Angustia y la Ira. Todo estaba siendo muy reconfortante hasta que alguien me tocó con una mano muy fría.

- Dereck, he conseguido dormirme... ¡es más! dormir y soñar algo tranquilo y relajante y ¿tú me despiertas? Vete a la mierda.- solté indignada por su repentina aparición.

- Venga Salina, no te pongas así... No quería molestarte, quería saber cómo te encontrabas, después de todo has vuelto a tus orígenes...- musitó con tono conciliador.

- ¿Ahora me dirás que te he llamado yo entre las tartas de Shopie, los recuerdos de África y estando con mis padres...?- declaré metiéndole guindilla al asunto.

- ¿Desde cuándo te he mentido?- Preguntó ahora sí que molesto por mi tono y el posible vacile.

- ¿Quieres saber como estoy?, bien pues ¡agotada!, si no te importa, quiero dormir.- espeté furiosa. Respiré tres veces y cuando creí oportuno le dije amablemente que mañana hablaríamos.

Y desapareció. Por suerte, conseguí dormir de nuevo. El efecto de la pastilla aún funcionaba y se mantuvo hasta bien entrado el día, que fue cuando me desperté.

Capítulo 2

Capítulo 2

Abrí el ojo y cogí el reloj de mi mesilla para comprobar la hora. Imposible, eran las 3 de la tarde... ¿Cómo es que nadie había acudido a despertarme?.

Agarré mis pelos despeinados en un moño malhecho y salí hacia la cocina. Allí encontré una nota que decía que me habían dejado la comida preparada en la nevera y que no volverían hasta las 5 de la tarde. Bueno, para el caso, sólo faltaban dos horas.

Comí alguna pieza de fruta y me vestí rápidamente. No me apetecía quedarme en casa el resto del día. Tenía ganas de ver mi antigua ciudad, y aún más, de volver a mi antiguo hogar. Creo que tenía un asunto allí que resolver conmigo misma. Asique, busqué las llaves de la otra casa y salí en dirección a Venida Person 78 3°izquierda.

El día era soleado aunque a ratos alguna nube grisácea se hiciera notar. Las calles me parecían otras. Había papeleras nuevas, comercios nuevos y creo que hasta el colorido de las fachadas de los edificios habían cambiado. No tenía la sensación de vivir en el mismo sitio donde años atrás comencé a vivir. Sin embargo, tal puesta en escena de alegría, color y energía podían conmigo. Yo no estaba equilibrada con la realidad. Las emociones que despertaba yo en mi cabeza, no tenía nada que ver con todo aquel panorama. Yo, por dentro, me iba consumiendo. Aquel regreso era, en parte, bastante torturador. Debía caminar por calles donde yo había crecido. Aunque hubiese cambiado de aspecto, esta ciudad seguía siendo aquella ciudad en donde una vez fui feliz. La verdad, no pretendo mentiros lectores, me era extremadamente difícil no echarme a llorar. Tenía la garganta muy cogida por la angustia que suscitaba en mi todo aquel ambiente. Intentaba distraerme, pero era complicado rememorando recuerdos, oliéndolos y viéndolos al mismo tiempo.

Caminaba por la calle lentamente. Daba la sensación de ser una persona mucho más mayor de la que era, por lo menos aparentaba cinco o seis años más. A veces conseguía mantener la cabeza en alto para mirar a las personas que caminaban a mi lado o se cruzaban en mi camino, otras en cambio, sostenía los ojos pegados al suelo. Los sollozos eran demasiado fuertes y me costaba controlarlos.

Por fin llegué a mi antiguo portal. Portal número 78. Número 78 de Venida Person. En este edificio aprendí a confiar, a querer y saber que era sentirse querido, allí había vivido con mi madre hasta la fecha de su muerte. Allí había guardado el luto a Nara, la yegua que me arrebataron, junto con mi madre y mientras ellas morían en ese tiempo concreto de su

historia, unos pocos años atrás, yo iniciaba mi camino en esa casa. Allí había renacido, después de haber estado viviendo en circunstancias de vida o muerte, pero bueno, eso ya era otra historia...

¿Realmente estaba bien volver al pasado? ¿Era ya la hora de que me enfrentara a lo sucedido? Atrapé las llaves con la mano y antes de que lo pensara otra vez llegué al ascensor que me llevaría a mi 3° izquierda.

Las puertas se cerraron y comencé a subir pisos. A los pocos segundos se volvieron a abrir y esta vez, todo dependía de mí. Yo abría la puerta y yo la cerraba. Ya nada era automático, ya nada me llevaba. Había querido ir allí pues era hora de ir allí.

Giré a la izquierda. Paso a paso llegué a la puerta de mi antiguo hogar y pisé el felpudo roído y desgastado. Saqué de nuevo las llaves y definitivamente abrí las dos cerraduras para cerrar más tarde la puerta a mis espaldas. Había entrado. Ahora era el momento de saber si realmente aquello era un trampa que me había puesto a mí misma o si verdaderamente iba en busca del antídoto contra este sufrimiento que padecía desde hace ya más de 5 años.

Abrí las persianas. La casa se iluminó. Dejé abiertas las puertas y regresé a la entrada. Tenía miedo de hacerme frente a recuerdos. Recuerdos enmarcados en marcos de fotos, recuerdos impregnados en ropas, recuerdos vividos allí. Los recuerdos flotaban en el aire y yo respiraba aquel aire. Empecé buceando en mi dolor...

Caminé a mi antigua habitación pintada de azul clarito y senté mi pequeño y encogido cuerpo en el sillón de estudio. Mi mesa de madera por un lado y color mostaza por otro era muy larga. Ahora mismo no me acordaba de cómo rellenaba aquel espacio. Levanté la cabeza y en frente de mi, en la pared que tenía a escasos centímetros de mi sillón encontré el corcho donde colocaba las fotos que iba rebelando después de estar en fiestas o en vacaciones. En todas salía sonriendo. En algunas estaba sola, en otras estaba con Eva... Mantuve fija la vista en Eva. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella. Supo que mi madre había muerto y me envió una carta de ánimos. Pero desde entonces, creo que alguien la secuestró a otro planeta, porque nunca supe nada más de ella. No volví recibir ni una carta, ni un email, ni una llamada. Desapareció. La llamé alguna vez, pero su madre siempre la excusaba con que estudiaba o con que había quedado con su prima. Yo desaparecí de su mundo, pero no sólo de su mundo, creo yo, si no del mío mismo también.

Saqué aquella foto del corcho y la metí en el baúl que tenía debajo de la mesa. No tenía interés de ver a esa persona en un rincón que almacenaba a quienes me habían amado de verdad.

Otras fotos eran de cuando yo montaba a caballo. Y .... ¡Zas! ... de repente algo me pinchó el alma. Sentí una punzada cerca del pulmón izquierdo. Creo que era una llamada de atención. Tal vez quisiera decirme algo la vida. Tal vez quisiera decirme que debía retomar aquel hobbie , para algunos, un modo de vida para mí. Desde luego, ahora mismo, era lo último en lo que me veía capaz. Coger un caballo y ¡Ale! a montar. Esa sería degollarme. No podía.

En la esquina inferior del corcho, aparecía yo en una foto con mi madre. Una foto en la cual tenía 3 años. Cogí la foto y la observé detenidamente. Mi madre salía cogiéndome en su regazo. Vestía con un jersey de cuadros marrones y ocres y unos pantalones rojos. Yo, en cambio, tenía un jersey de cuadros, también, pero éstos eran azules claros y oscuros y, por debajo, sobresalía un vestidito de flores. A conjunto, unas medias grises y unos zapatitos pequeños de color negro y rosa. No obstante lo mejor de la foto residía en ambos rostros. Caras sonrientes, acaloradas por la agitación de las risas provocadas, la mirada cómplice y penetrante con atisbos de ilusión y esperanza para ambas. Éramos una familia. Y eso era lo que reflejaba aquella instantánea, una familia unida, que se quería a muerte, dispuestas a luchar contra cualquier cosa que nos pusieran por delante. Cualquier cosa... excepto contra una cabra, un perro y un coche.

Volvíamos de un pueblo cerca de la ciudad. Mi mamá iba conduciendo y yo leyendo una revista de equitación. El día era muy luminoso, el sol pegaba fuerte y en abril... las temperaturas en Almería eran bastante altas.

Como iba diciendo, volvíamos de aquel pueblo, quién sabe qué nombre tendría, porque nos gustaba ir algunos sábados a recorrer distintos lugares. Yo mientras leía la revista, me enamoré de un caballo negro de pura raza árabe. Era un ejemplar digno de admirar y respetar. Y como no, su dueño era un jeque árabe multimillonario. A esto que yo andaba emocionada, que mi madre me dijo que me fijara a ver si a un lado de la carretera había una cabra pastando. Yo le dije que sí y le pedí que, por favor, parase. Era peligroso que anduviera por ahí porque podría producir un accidente. Asique paramos y aprovechamos que apenas había tráfico para ayudarla a entrar en su recinto alambrado pero roto a un costal. Volvimos al coche y, de nuevo, salió otro animal de entre los árboles que había a un costado de la carretera. Ahora, se trataba de una perra. Paramos para recogerla y luego ya veríamos a dónde la llevábamos o si nos la quedábamos. Esta vez, el coche lo habíamos dejado en el inicio de una curva. Cogimos a la perra rápidamente y nos metimos dentro del coche para apartarlo de allí. Sin embargo, la suerte no fue a nuestro favor y nada más arrancar, un coche que iba a más de 180 km/h nos arrolló haciéndonos rodar 5 metros y quedándonos bocabajo colocadas.

Ahí, finalmente me di cuenta de lo que había ocurrido. Miré a mi madre y... me rasgué por dentro. Rompí mi corazón. Congelé mi mente. A partir de entonces, me parecía vivir siempre en el mismo momento. El momento

en el cual mi madre murió... No me acuerdo qué paso a la perra... me quedé estupefacta, adherida al dolor de ver lo que yo había provocado al pedirle a mi madre que parara el coche para ayudar a esos animales. Jamás debí haberle pedido tal cosa.

Todos los días me digo lo tonta que fui por no ver que no se podía parar en aquella curva. Todos los días me arrepiento de haber abierto la boca. Todos, exactamente todos los días me reprochaba mi llamada de atención hacia mi madre, mis súplicas por ayudar a aquellas criaturas. Me culpaba por ello. Mas creo que nunca dejaré de hacerlo, podré vivir con ello, pero nunca olvidarlo y menos aún perdonarlo. Siempre quedará en mi corazón la esperanza de que si yo no hubiera pedido a mi madre que parara, ella tal vez, fuese como fuese el coche de aquel bestia, tal vez hubiera podido esquivarlo.

Según las declaraciones del otro conductor, sus frenos habían fallado y ese era el motivo por el cual iba a tanta velocidad, no podía para el coche, ni siquiera ralentizarlo. A mí, eso, sin embargo, me resultaba indiferente. Él estaba vivo y mi madre muerta. Él ganaba. Yo perdía.

Capítulo 3

Capítulo 3

Empecé a llorar. Salían tantas lágrimas y todas tan seguidas que mis ojos ardían a la par de mi garganta. Mi rostro se congestionó en pocos segundos y un enorme dolor de cabeza se zambulló dentro de mí.

Me sentía sola.

Estaba rememorando aquel día y mi garganta expulsaba un ardor inaguantable. Las mejillas ardían. La nariz se taponaba. Me costaba muchísimo coger aire. Abrir los pulmones es algo que no podía hacer al verme en tal situación de ahogo sin consuelo. No paraba de hiperventilar. El mareo por el exceso de oxigeno en el cerebro se hacía notar cada vez más. Si seguí de ese modo, en poco tiempo acabaría sin conocimiento.

Todo mi sufrimiento me anclaba a una piedra imposible de arrastrar. Aquello era mi condena. Estaba en una piscina sin superficie. Luchaba por salir a flote, pero ola tras ola yo acababa hundiéndome.

Me tumbé en la cama boca arriba e intenté respirar con normalidad. Tenía la sensación de una enorme taquicardia. El sudor frío corría por mi frente. Realmente estaba muy alterada. Creo que estaba más nerviosa que nunca. Tenía toda la adrenalina disparada. Estaba preparada para hacer correr a mi cuerpo en cualquier momento a cualquier dirección. Yo, en cambio, no quería seguir huyendo. Necesitaba parar y ver cómo afrontaba aquello. Sola, pero conmigo misma.

Abrí los ojos e intenté contener unos segundo el aire y soltarlo a los 5 segundos. Aquello me lo había recomendado Sophie para cuando sufriera mareos por tomar demasiado oxígeno en poco tiempo. Mientras, también intentaba distraereme, para ello, miré un cuadro que tenía situado como cabezero de mi cama. Allí también había fotos. Momentos en mi vida en los cuales había sido una persona alegre, despreocupada, feliz e ilusionada por vivir. Ahí se mostraba lo que antes tenía: una familia, unos amigos y se podía ver la pasión de mi vida, los caballos. Soñaba con sacarme todos los exámenes ecuestres posibles e ir a Holanda a comprar un frisón de pura raza. Un ejemplar como África. Alguien tan especial, fuerte, valeroso, dócil, entregado... como África. Por ahora, todo aquello sólo se había quedado en un mero recuerdo. Y cuanto más lo pensaba más fantasioso lo veía. Ya nada me parecía realista. Estaba convencida de que yo había venido al mundo para sufrir. ..

- Salina, respira.....- escuché a mi lado.

- Ya lo intento, pero me cuesta.- contesté forzosa- Dereck, no puedo más. ¿Durante cuánto tiempo más voy a tener que lidiar con la batalla que llevo en mi interior? cada día me siento mñas pequeña, más débil, más insignificante... Alguien llegará y me pisará tan fuerte que siento que entonces me desvaneceré... destruirá todos mis deseos...- esbocé entre sollozos melancólicos.

- Eso no va a suceder, sigue luchando. Divisa en el fondo de tu própio océano una cuerda y empieza a subir. Tira de ella, da igual que no sepas de dónde procede. Llena tus pulmones de aquello que tienes como única certeza y comienza a volar con las alas que un pájaro te ofrece al llegar a la superficie. Vamos, ya has llegado hasta la mitad, sigue tirando y ahoga a tus agonías. No esperes a que éstas te sepulten a ti. .- y después de éstas palabras enmudeció.

Cansada de arrastrar el ancla bajo mis pies, corté mis penas con el filo de mi única certeza: mantenerme con vida y vivir. Agradecí al cuervo negro por sus alas y me elevé sobre las olas salvajes. Ahora ella yo quien gobernaba a aquel oleaje embravecido.

COMPROMISO CON LA ETERNIDAD: FUEGO ETERNO

Al pie de un altar con deseos de compromiso con la eternidad:

Espíritus arrodillados ante un confesionario para ser liberados de sus espaldas, las pesadas anclas de sufrimiento. Sentimientos afloran con el anochecer, mas las tímidas pesadillas de la gente afloran con las estrellas muertas suspendidas en el oscuro y tenebroso cielo.

Una mano otorga lo necesario para atribuir cada uno de sus anhelos, no obstante, los ojos derraman sangre amarga tras el contacto con el infierno que les supone dejar atrás sus temores, culpas, remordimientos y desdichas.

Observan las constelaciones del mar negro, que se cierne sobre sus cabezas, pasar sin atisbo alguno de la salvación. Contemplan la belleza de la Madre y se reprochan todo aquello que debe ser castigado con dureza máxima.

Estiman su fin para dentro de poco segundos, sin embargo, la muerte no aparece y en su lugar, hace presencia una dama, también conocida como Agonía.

Esa delicada mujer viste con un vestido blanco, al igual que las más puras perlas que encierran las profundidades del mar endemoniado; tan largo, que su fin se degrada en el brillo de los ojos de los allí presentes "almas vivientes"; mangas como gotas transparentes parecidas a las lágrimas derramadas por el "Gran Pecador" y una cara tan angelical que todos los

horrores presenciados y escondidos, parecen reflejarse en el pozo ardiente de un fuego hambriento de penas y gloria sofisticadamente falsificada. Mantiene su sonrisa dulce con mirada cautivadora que te agarra de los pies y te condena a la cárcel de tus propios pensamientos, mas consigue seducir a las personas tocadas por el fuego eterno.

Notas musicales emergen como gotas de rocío se resbalan en una mañana entre las hojas suaves de la fresca menta. A un compás perfectamente medido, parecen acariciar los rostros malheridos de ese escenario tétrico.

Y finalmente, la mujer, proclama el toque de queda: "Ha llegado la hora de comprobar vuestra presencia en este mundo".

Las realidades allí sujetas a la tierra nativa, fijan su mirada congelada en el macabro firmamento que los vigila hiriente y recelosamente sonriente. Acabado sus juegos expresivos, termina mostrándoles sus peores ingratitudes junto con finos matices de sus victorias.

Unos renuncian a depositar su pupila, puesto que sus errores cometidos les devoran la mente. Y en el más abrasador polvo de hielo se convierten. Aún se escuchan sus llantos perdidos tras el contacto con la soledad infinita. Otros observan más allá y con las gotas más dulces concluyen su presencia regando los ríos de ese mundo.

Al final, los terceros, quienes tragan sus fechorías y saborean sys melancolías con esencias llenas de ilusión, permanecen rejuveneciendo el brillo de sus ojos y la luz de su interior fría y casi apagada.

Una lágrima es derramada. Una gota surge y se precipita hacia la terra nova. Se hidrata y es purificada. esa agua cristalina es testimonio del más audaz y del gran pecador "CORAZÓN DE HIELO"

"Si algún día sientes que todo acaba contigo, arremete contra ello. La ancla se hunde, procura no estar en su recorrido hacia el infierno o ésta te sepultará.

Regresé a mi realidad. Entreabrí los ojos y encontré una rosa de color violeta. A su lado, una nota: "Salina, gobierna tus emociones. Gobierna tu mundo. Amaestra a esas olas y recoge de éstas la fiera que te conceden. Conduce bien a tu bestia y doblega tu interior a lomos de dicha fiera. Tú eres tu mejor aliada. Dereck."

Tranquilicé a mi rostro exacerbado con agua fría del grifo de la cocina. Suspiré cuantas veces creí necesarias y comprendí que mis demonios personales ahora estaban bajo mi mandato. No sabía la razón, pero notaba más ligereza en mis piernas y más autonomía en mis pensamientos. Nadie doblegaba mi ser, nadie contaminaba mi mente. Ahora, era hora de comenzar a recomponer mi desfigurado rostro y a

cuidar de mi magullado cuerpo.

Estiré mis flácidos músculos que tanto peso habían soportado tantos y tantos años y cerré la puerta de mi pasado dejando encerradas en el cajón del olvido las balas recibidas.

En la calle había un ambiente fresco, a pesar de sus altas temperaturas, el viento parecía haber girado y a soplar más fresco. El sol gritaba en lo alto, pero esta vez, el viento era quien conseguía acallar sus impertinencias.

Llegué a casa abatida por el duelo, luego me senté en el sofá del salón a contemplar el transcurso del mundo. Aunque no tuve mucho tiempo, puesto que mis tíos ya habían llegado a casa y salieron de su cuarto para ver que tal estaba. Les dije que bien y rogué que me dieran un respiro. Asique cogieron y se volvieron a su habitación tal y por donde habían venido.

Me marché a mi habitación y cogí el ordenador con el propósito de enviar un email a Lorianne. pero ella ya se había adelantado:

Holaaa!¿qué tal?

espero que todo ande mejor... recupérate pronto. Tenemos ganas de verte ya y hace tan sólo 30 minutos que has dejado esta casa! (cierto era, era la hora en la cual había llegado del rancho al aeropuerto el día de mi viaje). Te queremos muchísimo aquí. Perdónate el pasado, perdónate el presente y perdónate el futuro. Eres una gran chica, para mí una hermana. No sientas culpabilidad por sentir miedo, bastante valiente has sido siempre. Date un respiro, no siempre se llega a todo.

Besos de parte de Dilan y Jason (me ha preguntado por qué no te has despedido de él y le he dicho porque no te parecía adecuado y además de que habías tenido poco tiempo y muchos líos de maletas..., espero no te moleste mi respuesta). Besos también de parte de toda nuestra familia.

Queremos verte pronto! Te estaré esperando a que me respondas....
Besos!

Sonreí y luego pensé en Jason. Creo que había sido injusta con él, debí haberme despedido de él. Esperaba poder decírselo por correo o por teléfono pronto, él no se merecía ese adiós...

Contesté a Lorianne porque la veía capaz d estar pegada al correo hasta que le respondiera y para cuando me quise dar cuenta eran ya las 8 de la

noche.

Cené algo de la nevera y apagué la lámpara naranja de mi mesa de estudio. Por este día había tenido muchas emociones. Ahora necesitaba recargar para volver al rompecabezas que desde niña inicié: el rompecabezas de la vida de una tal Salina Hernández...

Era hora de volver a empezar. Debía recuperar todo cuanto dejé atrás, pero las preguntas eran: ¿Cómo? y ¿por dónde comenzar?